

* EL ALMA DEL NIÑO Y SU BOCA (EL CHUPETEO DEL PULGAR)

por el

Dr. Angel Suils

PODRÍAMOS decir que toda la Neurología actual ha nacido del fenómeno tan insignificante como es la percusión del tendón del cuadriceps o reflejo patelar.

Quedan aún otros muchos hechos en la patología de la conducta humana que siendo tan simples y sencillos como aquél puedan dar ocasión a análogos avances en nuestro conocimiento del hombre. Simples fenómenos expresivos pasan, de ser insignificantes en su sencillez, a adquirir una valiosa significación. Tal es, entre otros, el fenómeno del chupeteo o succión del pulgar que, aunque hoy esté necesitado de una teoría, puede originar alguna que nos dé la clave de más extensos procesos psíquicos.

Su puerilidad, en el doble sentido de la palabra, lo ha hecho tener despreciado hasta hace poco. No sabemos qué sentido mitológico le incumbiría en el antiguo Egipto cuando representaba al dios Horus como un niño chupándose el dedo. En nuestra cultura, el hecho de chuparse el dedo no decidió nada para la vida del individuo o, dicho en lenguaje determinista, no parecía causa de fenómeno patológico alguno.

Cuando el pediatra húngaro LINDNER publicó en el "Jahrbuch für Kinderheilkunde" sus observaciones sobre quinientos casos, la ciencia médica carecía de interés sobre este tema,

que, por lo demás, no se mostraba dócil a la observación y experimentación que entonces se exigía.

Del trabajo de LINDNER, como de ese estado de cosas de la ciencia de fin de siglo, se aprovechó el genio sintetizador de SEGISMUNDO FREUD, como lo habría de hacer de los trabajos de CHARCOT y de la experiencia fundamental de BREUER. En consecuencia, resulta hoy un tanto "psicoanalítico" dedicarse a comentar la succión infantil del dedo pulgar. Nuestra ciencia padece también de actitudes fanáticas, lo mismo en los que no quieren saber nada de esta cuestión, como en los que sólo la tratan en la más pura ortodoxia freudiana. Los unos no quieren ser tachados de psicoanalistas, los otros nada tienen que añadir a lo decretado por su pontífice máximo.

Para los que repudian el determinismo filosófico, y mucho más el psicológico, con que está imaginada toda la teoría del psicoanálisis, tiene otros motivos de interés el estudio y comentario del chupeteo infantil. Es que podemos considerarlo como fenómeno de expresión de un psiquismo en ciernes que predice con este rasgo su probable trayectoria futura, con el aviso de los más urgentes cuidados a atender en la educación individual. Con ésta han de complementar la educación colectiva escolar, tanto el médico de familias como el puericultor y el psiquiatra.

La succión del pulgar en los aprendices de hombre, como acto de expresión, puede dar ocasión a múltiples intuiciones personales en los distintos observadores. Atendamos a estas hipótesis y teorías, interpretaciones al fin de un hecho psíquico que, por no pertenecer al mundo físico, no es susceptible de explicación unívoca y menos merece aún una afirmación dogmática.

* * *

Porque lo cierto es que, sin que la medicina positivista quiera enterarse, un sinfín de niños se siguen chupando el dedo. Será pronto todavía para preguntarnos el porqué y para qué de este fenómeno, pero éste existe, y para un clínico amante

de su trabajo puede adquirir valor premonitorio de más importancia que la observación de una serie de reflejos tendinosos de toda exploración rutinaria.

El hecho es que, en sesenta de los quinientos casos de LINDNER o en el ochenta y tres por ciento de los de CARLOTA BÜHLER aparece el fenómeno. CURT BOENHEIM, en su reciente "Practical Child Psychoterapy", cree que ese número es mucho mayor que lo que indica BÜHLER. Nosotros no hemos de hacer estadísticas; no nos interesa hacer constar el número de los pequeños que se han chupado el dedo, sino el estudio de los que parecen chupárselo con tal tenacidad que en ello parece verse pasión o placer; que resisten a represiones coercitivas y que insisten durante muchos años en las altas edades de la infancia o de la adolescencia.

Nos referimos a una necesidad, pasión o placer, que logra en sí, con su cuerpo, suficiente satisfacción. No tratamos del chupar, sino del chuparse hasta satisfacerse. No se vea en esta última palabra ningún matiz pansexualista del todo ajeno a nuestra intención.

A veces, el niño chupa un objeto cualquiera; si bien no se chupa a sí mismo. Quizá estos casos puedan incluirse en nuestro grupo, ya que los pequeños infantes, al adquirir el hábito del chupeteo, no tienen conciencia de la diferenciación entre su yo y el mundo circundante. Ni siquiera se sienten como centro de su mundo. Pueden considerarse como se quiera estos casos intermedios, pero los que sí se han de separar rotundamente son los casos de succión relacionados con el instinto y la necesidad de alimentación, así como las succiones producidas por un hábito creado desde el exterior, por los padres cómodos y malos educadores que engañan las necesidades alimenticias del niño.

En estos últimos casos son necesidades creadas por el hábito o por el hambre. El verdadero fenómeno de la succión del pulgar, incluso cuando el pulgar es otra parte del cuerpo o un objeto extraño, es el de la necesidad "endógena" de cometer este acto, sin estímulos externos de nutrición o hábito. Si se nos permite, diríamos que es una necesidad innecesaria.

Si hay casos intermedios se comprende que también ha de haber, y son frecuentes, los casos mixtos en que unas chupadas por condescendencia, crean en seguida un hábito tenaz en el predispuesto infante.

Los niños, de noche, y algunos también de día, se chupan un dedo de la mano, casi siempre el pulgar; pero algunos, el dedo gordo del pie. Se dan como equivalentes los casos de pellizcamiento o toques rítmicos de las orejas. El caso es que ejecuten la acción con fruición y rítmicamente; con empeño progresivo hasta llegar a estados de elación, suelo o "éxtasis de chupeteo". Algunos sacuden la cabeza, se retuercen o patalean. Suelen quedarse ensimismados y no hacen caso de advertencias o castigos. Si contestan a nuestras palabras, que es algo difícil, lo hacen por monosílabos, en los que tienen exclusividad los de oposición o negativismo. A veces se hacen sangre, pero siguen chupándose con ritmo frenético. Si se les venda las heridas anteriores, chupan hasta morderse y deshacer el vendaje. Ya dormidos, cuando su boca tropieza con el pulgar, vuelven a chuparlo y, en sueños poco profundos, se acercan el pulgar a la boca de modo inconsciente.

El fenómeno de la succión del pulgar es para nosotros, como se va viendo, algo que no precisa del pulgar, pero que tampoco se basta con el dedo y con la boca. Es algo que impulsa a chupar, que ocurre en el chupar y que se satisface en el chupeteo. A este concepto concreto nos referimos en adelante aunque sigamos hablando de succión del pulgar. RICHARD STERBA, de Detroit, cita casos análogos en perros y toros. Esto hace pensar en una "necesidad innecesaria" de la animalidad personal que toma rango psíquico, primero, como fenómeno de expresión y, por lo que puede influir en el desarrollo del carácter, hasta llegar a casos como el que cuenta S. LINDNER de una paciente para la que chupar era mucho mejor que comer.

* * *

Así puede quedar planteada la cuestión del *Thumbsucking* o chupeteo del pulgar fuera del campo psicoanalítico. Los

freudianos han elevado el valor sintomático de este hecho de la vida infantil, lo que les agradecemos, sin compromiso en sus fantásticas elucubraciones.

FREUD se quejaba de la frecuente confusión de lo genital y lo sexual; para él no todo lo sexual era genital, y así hablaba de fases genitales en su teoría pansexualista. La primera de todas era la fase oral, con las dos subfases que podríamos enunciar, economizando tiempo, como la labial o del chupeteo, y la dental o de morder, también llamada canibalística. Ya se comprende que ajustar el fenómeno de la succión infantil a la teoría freudiana es cosa fácil después de haber violado toda la realidad psíquica. En esto, como en todo, ser freudiano es cuestión de fe psicoanalista, para no reclamar razones. Por esto son muy recomendables las tesis psicoanalistas para los que prefieran tumbarse en las fáciles creencias, odiando toda inquietud de convencimiento. Con el dedo como objeto amado y los labios como zona erógena de la fase oral, se tiene armado todo el artificioso tinglado de la primera fase oral de la libido.

En una de sus obras, dice FREUD: "Muchos de mis clientes se habrán chupado el dedo". Es muy posible. Sólo con las estadísticas de BOENHEVIN, el fenómeno llega a ser tan frecuente que están a punto de perder su valor semiológico. El genio de FREUD siempre termina ahogándose en la magnitud de sus generalizaciones.

Todos los psicoanálisis y, concretamente, cuanto le Doctor GALANT, en su "Das lustcherlein" ("El chupete"), publicaba en 1919 referente a confesiones de adultos sobre sus recuerdos de chupeteos infantiles, están repletos de deficiente material. Todos esos recuerdos nada dicen de la realidad del acto, sino de recuerdos primeramente olvidados, no siempre acompañados de pruebas o testimonios, y vueltos a la conciencia bajo la sugestión de un ambiente psicoanalista. Vale más una observación sincera o una descripción fenomenológica del hecho que mil páginas de literatura psicoanalista.

STERBA habla del caso de un chupador que se hizo bebedor. Esta ridícula interpretación, impulsoria a trabajos es-

tadísticos entre chupadores y bebedores, entre los que gustan de esa clase de trabajos, en los que obtendría la tesis psicoanalista, en el mejor de los casos, un cincuenta por ciento, significaría indiferencia.

Seguramente los niños pintados en la situación que comentamos, por FILIPPO LIPPI o ANDREA DELLA ROBBIA o el de la Adoración de los Reyes Magos, en la Galería Borgognone, de Milán, sugirieron a sus pintores ideas más bellas de la succión infantil y, acaso también, con algún elemento más aprovechable para el serio estudio.

Queda otra objeción que señalar a la tesis freudiana de la succión del pulgar. No hablemos ya de sus fantasiosas generalizaciones, sino de su adoración por "el hecho". No en balde el psicoanálisis crecía en la edad adulta del positivismo. La escuela psicoanalista pone en solfa el despreciado fenómeno de la succión infantil para confundir en seguida las succiones de toda índole. De ellos es la analogía entre el mamar y el chupeteo sin hacer consideraciones como las que aquí llevamos hechas para la captación de lo esencial. La boca y el dedo o la boca y el pezón producen movimientos de chupeteo análogos, en cierto modo. Producen ambos un placer que no diferente. Piénsese, por otra parte, que, en la vida instintiva, vamos a comparar, pero van dirigidos a una finalidad bien la direccin teleológica, la finalidad, es lo que acredita la naturaleza de los instintos. Mamar y chuparse el dedo son actos que requieren la misma actividad muscular y neural, pero de una realidad psíquica bien diferente. El chupeteo alimenticio y el otro son distintos por esencia. El niño no sabe más que chupar, y cuando quiere hacer algo, sin necesidad de comer, imita los movimientos de mamar; no tiene otro remedio. Debemos desechar nuestra concepción de que el niño toma el dedo por pezón, como el que lo cree un objeto amado.

Lo mismo que los psicoanalistas confunden chupar y mamar, en su sexualidad oral, no distinguen entre la "masturbación del lactante", la del momento puberal o la del adolescente y adulto. En ambos se circunscriben al hecho; así otorgan, con ligereza que les caracteriza, rasgos eróticos y

sexuales a la "masturbación del lactante" que, ya, por esto, debiera cambiársele el nombre.

Podemos, en vista de estas razones, salvar o superar la época psicoanalista y considerar la succión del pulgar después de FREUD y fuera de todo contacto con el movimiento psicoanalítico. FREUD nos advirtió de no confundir lo genital con lo sexual. Nosotros advertimos a los que nos sigan: ni lo sexual con lo instintivo ni con lo impulsivo. Bajo este lema podemos continuar este trabajo.

* * *

El recién nacido es un animal que adquiere su individuación tras el parto. Además de animal, individuo. Es, por otro lado, un conjunto o sumación de órganos coordinados adecuadamente para la vida fuera del útero materno. Pero no es esto todo: es más que un individuo y es más que una suma de órganos. Este algo más es su Personalidad en embrión que le hace diferente de otro conjunto de los mismos órganos que pudo nacer con él, en un parto gemelar. Poco después del parto, uno de los mellizos no cesa de llorar cuando el otro no llora más de lo preciso o corriente. Queremos eludir la formulación de serios problemas metafísicos y teológicos sobre espíritu, alma y personalidad, para decir que "eso" que les diferencia a los gemelos de nuestro ejemplo no es psiquismo, pero lo va a producir, a la manera que un punto, que no es una línea, la genera en su desarrollo longitudinal.

No hablemos de alma infantil, ni de perversos poliformos, ni de instintos sexuales, etc.; pero el niño tiene ya su algo en situación inefable para nosotros, hasta que se exprese en actos exteriores. Uno llora más o menos; otro tarda más en coger el pezón; tal niño duerme tranquilo, mientras el otro lo hace en constante intranquilidad muscular. Si los gemelos del ejemplo fueran de enorme parecido exterior, univitelinos acaso, los emperaríamos a diferenciar muy pronto por su modo de conducirse. Al cabo de un tiempo puede que uno se chupe el dedo y el otro no.

Es difícil para nuestras mentes del siglo XX representarse este punto de crecimiento de un psiquismo en un concepto que no lleve adherido una imagen dinámica; así es como seguimos hablando, todavía, de energía psíquica o de corriente nerviosa. Esta fuerza o potencia en el primer momento de la vida lleva en germen el impulso que ha de irse desenvolviendo ulteriormente, más una predisposición a adoptar cierta actitud preferente. Esa fuerza, antes de ser otra cosa más, es el impulso. Cuando a poco de nacer se utiliza en gritar o mamar, crea hábitos provechosos y precisos, como los alimenticios, y se transforma en instintos. El instinto es una parte del impulso con sentido utilitario determinado; es teleoklino.

De ese impulso primario surgirá en su día el instinto sexual. Este y el alimenticio de conservación del individuo tienen esa fuente impulsiva común; utilizan una parte de la misma energía impulsiva; tienen paternidad común, sin ser el sexual el padre del otro. Entre nosotros, NOVOA SANTOS hacía más bien nacer el instinto sexual del alimenticio, a la inversa de FREUD.

Pues bien; sólo teniendo en cuenta una mayor o menor cantidad de fuerza impulsiva, el pequeño infante habrá de adoptar, desde sus primeros momentos, una distinta actitud impulsiva. Habrá un grupo de niños en que su cantidad de fuerza impulsiva es normal (!). Este término de uso tan frecuente como de realidad tan relativa, se usa aquí para referirlo a los casos en que su mayor o menor cantidad de impulso encuentra justo acomodo, se verifica, por completo, en los instintos del lactante, instintos casi exclusivamente alimenticios. El niño tiene como una necesidad de hacer algo, a más de una necesidad de nutrirse; tiene una fuerza que emplear, que puede y debe emplear. Así, después de una tetada o biberón quedará satisfecho su instinto nutricio y desahogado su impulso elemental; entonces se entregará a un sueño tranquilo.

En otros casos, el ímpetu impulsivo rebasa al quehacer instintivo. Ha de distraerse y desgastarse en actividades innecesarias en lo utilitario, porque lo necesario es, exclusiva-

mente, ese desgaste. No se chupa para comer, pero hace como que se come chupando; es una especie de "fantasía instintiva" que viene de una necesidad imperiosa y cuya única finalidad es consumirse para dejar la impulsividad primitiva en tolerable reposo. Decíamos fantasía instintiva para no decir juego. La actividad lúdica es otra cosa distinta; es un relleno de la actividad, no una necesidad imperativa. Tampoco el niño obcecado en el chupeteo parece engañado; ninguno de ellos protesta.

Si se considera el chupeteo del pulgar como juego, es olvidado su carácter de obligatoriedad. En edades más altas de la infancia podrá chuparse el dedo como si se jugara, pero siempre, aparte de la diferenciación de origen, el juego termina por cansancio, mientras que el chupeteo del pulgar, el chupeteo impulsivo de otros objetos, el tocarse rítmicamente las orejas y, hasta el morderse las uñas, sólo termina en la satisfacción del éxtasis, en la elación.

Otro carácter de esta impulsividad es la de aparecer brusca y potentemente desatendiendo toda otra actividad; el niño se chupa o se muerde porque no sabe hacer entonces otra cosa. Años más tarde esa impulsividad podrá elegir caminos diversos, sin olvidar el primitivo chupeteo, como muestra de lo primitivo de aquellas erupciones de impulsividad. He aquí por lo que el chupeteo adquiere, en las primeras edades, su carácter de premonición y aviso de una impulsividad insatisfecha con sus instintos. Así se hace característico de personalidades inarmónicas por exceso del componente impulsivo.

Todavía no hay aparición del sexo según nuestra teoría, pero a la mitad de la infancia de estos niños chupadores se aprende una segunda mala lección que ha de dirigir torpemente al sexo cuando más tarde aparezca, y es el hábito de satisfacer en sí mismo sus intranquilidades impulsivas. Cuando venga lo líbido y los afectos amorosos en el más amplio y alto sentido de la palabra, el muchacho tendrá una gran probabilidad de cristalizar sus impulsos sobre su cuerpo y su persona hasta muy entrada la adolescencia, no amará las cosas y personas de su alrededor, y una tendencia grande, tem-

poral o definitiva le inclinará hacia el onanismo por un lado o a los miedos, pánicos y quejas hipocondríacas, tan frecuentes en las personalidades impulsivas. Este es el momento en que puede hablarse, como HABELLOC ELLIS, de autoerotismo—y no antes—cuando el niño se ha hecho un perfecto succionador de sí mismo.

No es este trabajo lugar oportuno para desarrollar todo el cuadro sintomático de las personalidades psicopáticas impulsivas, pero basta lo señalado para que el odontólogo sepa lo que no hay que creer de cuanto se dice de “chuparse el dedo” y lo que, en cambio, quiere decir este hábito para el futuro psíquico y mental de los niños que lo practican. Los síntomas impulsivos que no tenga aún el niño chupador, los irá adquiriendo en la evolución de su vida, a cuyo paralelo se desarrolla su personalidad psicopática.

Lo mismo que la impulsividad excesiva o inadaptada a las necesidades genera el autoerotismo, las fantasías onanistas y los hábitos de masturbación, van modelando otras facetas del carácter. En todas éstas, la succión del pulgar pone en guardia con sobrada antelación. Veamos un par de posibilidades más:

Los que no dan expresión a su impulsividad, de modo constante unas veces, súbito y explosivo en otras; los que, no sabemos porque tienen una gran tendencia impulsiva que no se satisface en la ejecución de actos retienen sus tendencias elementales y no descansan en la satisfacción ulterior. Estos no “hacen” su impulsividad, sino que la sienten. Para ellos la impulsividad es fuente de intranquilidad interior, de temor constante. Los impulsivos auténticos descargan su impulsividad en succiones tenaces y frecuentes que resisten a toda admonición; son los grandes chupadores; estos otros, cuya impulsividad se transforma en angustia, no son los chupadores frecuentes, pero son los que con más delicadeza deben ser tratados. Diríamos que hasta es peligroso reñirles o castigarles por sus escasos chupeteos. Los sustos que los educadores les proporcionan para amedrentarles y conseguir cesen en sus succiones son más perniciosos que la misma succión. En los

chupadores frecuentes lo peligroso es la impulsividad causal; en éstos—los angustiados—la corrección educadora puede ser imprudente hasta la más tenue. Sobre el papel que esta angustia ejerce en las primeras evoluciones del psiquismo y por ende en la formación ulterior del carácter, pueden verse nuestros trabajos en *Los Progresos de la Clínica y Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades*, números 274 y 669, respectivamente.

La segunda posibilidad está creada por una proporcionada constelación de los tres factores que vamos poniendo en juego: impulsividad → angustia → coerción educadora. Hay una proporción de estos tres elementos que origina los niños tímidos, los que han de ser luego temerosos y supersticiosos, los fetichistas. En éstos, la historia de chupeteos fué muy breve, pero decisiva para su porvenir psíquico el modo como se yuguló; a los cuatro o cinco años ya empiezan a besar sus dedos u objetos variados en momentos de tensión angustiosa. No saben decidir una acción sin besar una medalla o un anillo, y si están cohibidos por otras personas envían mentalmente un beso a estos objetos; se ven así falsos tics de movimientos de labios que insinúan un beso leve; otros han de tocar con la mano un objeto, más bien duro, que llevan en el bolsillo para estas ocasiones. Como se ve, la importancia de la succión del pulgar y los actos que de ella se derivan no guarda relación con su frecuencia e intensidad.

Todas estas interpretaciones no necesitan para ser enunciadas de ninguna demostración psicoanalítica, que, precisamente quieren eludir. Estamos hablando de la vida impulsiva, cuando no ha aparecido la vida sexual, aunque ya se está determinando lo que luego habrá de ser el sexo, el eros y el espíritu.

De estas interpretaciones hemos de decir también que en nada se oponen a la frecuente explicación clínica de aparición de succiones del dedo, de objetos o mordedores de uñas, que consideramos como síntomas frecuentes en las perturbaciones diencefálicas del crecimiento. Es muy pronto todavía, para enunciar qué relación tienen los centros diencefálicos con lo

más primitivo de la vida psíquica, pero si ahora nos obligaran a localizar la impulsividad en algún punto del cuerpo, aun a los que somos antilocalizacionistas, muchos estaríamos pensando, sin decirlo, en el diencéfalo.

* * *

Como obligado final terapéutico, unas breves palabras resumen pragmático de este artículo:

1.º) Es necesario valorar la succión del pulgar por los odontólogos, puericultores y psiquiatras que somos requeridos a consejo.

2.º) Su importancia y valor decisivo para el futuro hombre no depende de la intensidad del chupeteo.

3.º) La succión del pulgar no es enfermedad o feo hábito que hay que curar extirpando, sino es signo expresivo que hay que observar y dirigir sin violencia, pero seguir teniendo noticia, en todo momento, de la tensión de la impulsividad, y

4.º) La succión del pulgar es dato de gran valor para la orientación educadora de la primera infancia. El niño que se chupa el dedo dice, sin quererlo, y espontáneamente, los tipos de educación que se le deben prescribir y proscribir.

Recomendamos una terapéutica individualizadora a base de menos acíbar y más sedantes ligeros (quizá los pediatras temían con exceso el uso de sedantes, inofensivos siempre). Es conveniente luz tenue en los dormitorios y cama caliente. Los padres impulsivos, dominantes y violentos actuarán perniciosamente sobre la impulsividad en ciernes de su hijo, hija de la suya.

Para combatir los vómitos y náuseas del embarazo, parece que ya se ha encontrado la medietación específica: se trata de la piridoxina, que hasta ahora venía empleándose en el tratamiento del acné y de la debilidad muscular. Su aplicación, en una gran mayoría de casos, produce, mejor que ningún otro tratamiento, la cesación de las náuseas y vómitos, tan característicos de algunas embarazadas. (per *El Mont. d. l. Farm. número 1.405*).